

## XXV.

POR QUÉ EL SEÑOR DE ENTRAYGUES PREGUNTÓ A SU MUJER SI PONIA LOS GUANTES A OCTAVIO.

Octavio—segun su costumbre—no queria volver á ver á la señora de Entraygues. Ya se sabe que no gustaba de volver á lo pasado. Era entusiasta mas de las aventuras que del amor, ó, mejor dicho, preferia mas bien el amor de las aventuras que las aventuras del amor.

Pero tres dias despues en un baile de la princesa\*\*\* vió entrar á la condesa en toda la soberanía de la juventud, de la belleza y de los diamantes.

Todo el mundo gritó: «Que hermosa está!»

Necesario es decirlo: la condesa estaba mas bella despues de su caída que en la soberanía de su virtud. La tempestad hace brotar al siguiente dia mil flores inesperadas. La virtud tiene su despotismo, sus exigencias, sus inflexibles cadenas. La pasion cuando no se ruboriza, cuando no llora, cuando no se humilla tiene cierta irresistible desenvoltura. En las mujeres del gran mundo se envuelve aun bajo cierto aire de virtud que la hace mas penetrante, como esas muje-

res voluptuosas de Prudhon cuyos ojos están aun mismo tiempo bañados por la inocencia y el amor. La fábula ha hecho mas bella á Venus que á Juno.

El señor de Parisis fué de repente cogido por un *volved*, segun diria la señora de Sevigné. Fué á saludar á Aliza diciéndola que se moria de amor.

—Os conozco, respondió ella: no creo ni una palabra de lo que decís.

Cualquier otro que no hubiera sido Octavio se hubiera desairado; pero él probó muy pronto á la señora de Entraygues que no la habia visto porque no habia querido volver á ver á Violeta.

—Sabeis que continua aguardándoos?

—Sí, pero todo ha concluido. El pistoletazo mató mi capricho. No me gustan estas bestialidades. Como quereis que vuelva á ver el seno de una mujer que ha sido ensangrentado?

—Pero está sangre, mónstruo encantador, ha corrido por vuestra causa!

—Ni una palabra mas sobre Violeta. Qué habeis hecho de vuestra hermosa juventud desde nuestra última entrevista?

—Os he odiado.

—He aquí por donde el amor empieza.

—Y por donde concluye.

Charlábase en torno de Octavio y de Aliza. Aunque no se enorgulleciese de sus conquistas, el jóven sentia cierto placer de que le tuviesen por amante de la condesa.

Como la señora de Entraigues pareciese resuelta á no recibirle ni á ir á su casa, el jóven la amenazó con consolarle con una de sus amigas que pasaba por consolar á los afligidos. La condesa, bien pensado, hubo de preferir que fuese á consolarse á su casa donde se podria tomar en el viejo Sevres un segundo té mucho mas tierno que el primero.

Al siguiente día, á media noche, cuándo el señor de Parisis se halló en casa de la condesa, fué necesario que venciera su rebeldía con toda la comedia del sentimiento.

—Ah! heos aquí, á mis piés! Lo esperaba. Y bien seguid en esta postura, mi querido duque.

—Estaré así siempre! dijo Octavio juntando sus manos sobre las rodillas de la condesa.

—No puedo menos que ocurrírseme, dijo esta, al veros en esta actitud mas ó menos burlona que en las comedias es siempre en este crítico momento, cuando el marido llama á la puerta.

La condesa no habia pronunciado estas frases cuando se llamó en efecto. Los dos amantes no se rieron. Octavio empleó menos tiempo en levantarse del que habia empleado en arrodillarse. Interrogó con los ojos á la señora de Entraigues. Mas por única respuesta ella apoyó un dedo sobre sus trémulos lábios.

Llamaron tres veces mas.

—No es mi marido, dijo la condesa, pues Gladiador no ha ladrado.

Este era un falderillo modelo; ella no le habia en-

señado á ladrar contra nadie escepto á su marido. Quién dijo, pues, que el perro es el amigo del hombre?

—Lo mismo dá, prosiguió la condesa, saltad por el balcon.

Parisis obedeció. Abrió el balcon como un hombre ya práctico. Jamás un ladron ó un amante hizo menos ruido.

—Llaman? preguntó la condesa en voz alta con aire de inocencia.

—Cómo si llaman? No hace poco tiempo! dijo el señor de Entraigues.

La mujer cerró la ventana, corrió las cortinas y acercó un sillón al alfeizar diciendo:

—Ah! sois vos amigo mio! Deseais tal vez que os abra la puerta?

—Bien lo veis, puesto que llamo hace ya una hora.

—Decidme que quereis.

—No tengo la costumbre de hablar desde la cerradura.

—No teneis la llave?

La señora de Entraigues recordaba perfectamente que se la habia tomado.

El conde volvió á dar tres golpes; mas fué con el pié como si quisiera significar su impaciencia.

—En verdad, amigo mio, que no os gusta parlamentar por mucho tiempo. Iba á acostarme y me viste. Es indispensable daros vonversacion? Se os tiene que leer el diario? Se anuncia que la Patti se casa y que la Broban se divorcia?

—Pardiez! el mundo es un enfermo que jamás se vuelve del lado bueno.

La condesa abrió.

—Improvisais máximas como vuestro primo Larochefoucauld. No me refiero al antiguo.

—Gracias, querida: todos los Larochefoucauld son buenos: hasta los malos. No sabeis porque vengo á estas horas?

—Es cierto: nunca entráis sino á las cuatro ó á las cinco de la madrugada. No son apenas las doce.

—He jurado no jugar mas y os suplico que me ateis las manos. He jugado por última vez esta noche. He perdido cerca de setecientos luises; pero esto es aun mejor, toda vez que no jugaré mas. Ah! querida mia: voy á convertirme en un hombre de la edad de oro. Y el conde añadió como si hablara consigo mismo:

—Despues de haber pagado.

La señora de Entraygues le oyó.

—Cómo! no habeis pagado?

—Oh! esto sucede todas las noches. Se juega bajo palabra. Es mi palabra de honor.

—Si no habeis pagado supongo que no habrá sido por falta de dinero.

El conde sacó del bolsillo de su chaleco una moneda de cien sueldos con la efigie de Luis XVIII, horadada en tres partes, verdadero amuleto, que, naturalmente, siempre le habia traído desgracia.

—Por falta de dinero, señora. Veis este objeto de arte?

—Es todo lo que os queda?

—Sí, querida mia, con nuestra escritura de matrimonio.

—De nuestra escritura de matrimonio ya hablaremos mañana. Ahora es necesario pagar.

La señora de Entraygues abrió un cajon donde guardaba sus retazos.

—Sois admirable, la dijo su marido; considerais los billetes de banco como si fuesen retazos. Como os arreglais para que no se acaben nunca?

—Porque no juego. Cuanto necesitais?

—Dadme tan solo diez billetes color de rosa.

—Cincuenta mil francos, dijo la condesa: hélos aquí.

—Sois un ángel, Aliza.

El señor de Entraygues se inclinó para besar la mano de Aliza.

No dió el beso. Habia visto sobre la alfombra un guante que le pareció que no era de mujer.

Lo recogió.

—Señora, dijo, quereis poneros este guante?

E intentó con violencia meterlo en los dedos de su esposa.

—Ya lo sospechaba, exclamó: ahora mismo estabais poniendo el guante á Octavio.

Y se rió de la ocurrencia para disimular su cólera.

Luego se preguntó formalmente si debia matar á Aliza.

—Adios, señora, dijo, voy á pagar mi deuda para

honra de la casa que vos protegeis tan bien. Mañana os devolveré este dinero con los intereses.

Salió.

Esta escena no duró medio minuto.

Aliza corrió á la ventana.

—Estamos perdidos! dijo; ha recogido uno de vuestros guantes y me ha preguntado si yo enguantaba á Octavio.

—Quedad tranquila, dijo este, mis caballos me aguardan en la calle de Courcelles y estaré en el círculo antes que él.

Y besó la mano que el señor de Entraygues no habia querido besar.

—Octavio! Octavio!

—Adios! Adios!

Cuando el señor de Entraygues llegó al círculo, encontró al señor de Parisis sentado en una mesa de baccarat.

Le tendió su guante colgando en el extremo de su bastón.

—Es vuestro guante, no es cierto?

—Sí, dijo Octavio, y si no estais contento guardadle.

Y dirigiéndose á los circunstantes:

—Señores, añadió, mañana nos batiremos: el señor de Entraygues me ha sorprendido en casa de su querida. Ni una palabra mas, pues si la señora de Entraygues lo supiera...!

El duelo fué terrible.

Todos los que manejan la espada aun lo recuerdan.

Batiéronse en el parque de una quinta del Bosque de Bolonia. De Entraygues, herido en una mano, no quiso cesar en el combate. Habia dicho que aquel era un duelo á muerte. Alcanzó á Octavio en la espalda y vió brotar la sangre; pero esto no fué bastante. Tuvo mucho que hacer por mas que Octavio se contentara con defenderse; le hirió en la mano y Octavio entró en calor: cogió su espada con la mano izquierda y desarmó por dos veces á su adversario.

Los testigos mediaron entre ellos y declararon que el honor estaba satisfecho.

Pero el duelo volvió á continuar. De Entraygues se batia como un loco furioso. Concluyó por echarse sobre la diestra espada de Octavio. La sangre brotó del pecho. Cayó rugiendo y agitando su espada.

—Y bien, dijo á los testigos con una risa horrible, el honor ha quedado satisfecho.

El honor solo hubiera quedado satisfecho si el señor de Entraygues hubiese podido convertir al amante en marido.

El duelo no habia terminado. Volvió á empezar entre el señor de Entraygues y su mujer.

Cuando el conde fué llevado á su casa, preguntó por la condesa. Se le dijo que habia partido á la hora misma en que se verificaba el duelo y se le entregó esta carta:

«Adios, caballero, voy á Irlanda á casa de mi

abuela. No necesitamos de la separacion de cuerpos, toda vez que se ha verificado desde mucho tiempo, ni de la separacion de bienes, toda vez que os los habeis comido. Adios.

»ALIZA DE CHARMOY.»

Con la misma tinta escribió á Octavio lo siguiente:

«Decididamente vuestro amor trae desgracia. Vos casi habeis matado á Violeta y á mí me habeis desterrado. No os digo donde voy porque tampoco vendríais.

»ALIZA.»

## XXVI.

### UNA EMBAJADA GALANTE DE OCTAVIO DE PARISIS.

Octavio, á semejanza de Gaston de Villeroy, se fastidiaba bastante aguardando su credencial de ministro plenipotenciario en Alemania, por mas que no se entusiasmase demasiado por la orilla derecha del Rhin.

Aguardando este nombramiento el jóven no se consumia en el orgullo engañado.

Uno de sus amigos, Guillermo de Montbrun, debia casarse con la señorita Lucila de Courthuys en la capilla del Senado.

Las esquelas de convite se imprimian. Al siguiente dia esta nueva debia estallar en todos los salones de Paris.

Como Octavio, Guillermo frecuentaba estos salones desde el mejor hasta el peor.

—Por qué vienes tan de mañana? preguntó á su amigo Octavio que se despertaba.

—Porque no hay un instante que perder. Me prometiste que estarias á mi lado en las cuestiones de honor y te despierto.